

le había hecho á nadie ningún daño, y no supo darse la respuesta.

XVII

Toda la ciudad, conmovida, buscaba la explicación de aquel misterio.

La causa de aquel crimen no podía haber sido otra que el robo, porque la señora Dunois no podía tener enemigos. Su conmovedora dolencia y su compasiva bondad, la habían granjeado el cariño de todo el mundo, y en su casa la adoraba su servidumbre.

El misterio estribaba en esto: ¿Era, ó no era Mónica cómplice del ó de los asesinos? porque no tardó mucho en suponerse que se trataba de una banda de ladrones. Unos decían que sí, y otros que no.

Después de todo, su complicidad no resultaba necesaria: la puerta de la escalera que daba al jardín podía muy bien no haber estado cerrada. El señor Dunois, llamado ante el juez de instrucción, declaró haberla encontrado más de una vez cerrada con un sencillo picaporte, y nada más fácil que haber hecho correr el pestillo de la cerradura: era juego de niños.

En tal caso, Mónica resultaba más pura que la nieve.

Pero lo malo era que Mónica no tenía el aspecto de la inocencia. De cada diez preguntas que se le hacían, contestaba sólo á una y, en cuanto á las demás, se encerraba en la reserva más absoluta y obstinada. No era aquella ciertamente la conducta de una joven que nada tiene que reprocharse. Hasta sus pocas respuestas eran discordes entre sí, y esto daba mucho en qué pensar.

Mónica seguía en esto un sistema perfectamente lógico en relación con ella misma, y perfectamente

absurdo en relación con los demás que únicamente la creían culpable de complicidad. Ella explicaba en qué había empleado el tiempo hasta que se fué el señor Dunois, pero, á partir de aquel momento, se negaba á hacer la menor luz: había subido á su cuarto cuando su señor se lo mandó.

— ¿Qué hora era?

A esta pregunta no contestaba.

En efecto: ella no podía decir que eran cerca de las once. Se había empeñado, no en salvarse á sí misma, sino en salvar á su amo, impulsada por la vaga intuición de que si la acusaran á ella de haber cometido directamente el homicidio, ocurriría algo que convirtiera á su amo, sino en homicida, en cómplice, por lo menos, peligrosamente comprometido.

Desde el momento en que había visto fijos en ella y rebosantes de triunfal ternura los ojos de Marín, estático al verla viva después de haberla creído muerta, Mónica vivía en un estado de torpe desesperación.

El remordimiento no tenía sitio en aquella alma: absorvida por su propio dolor, padecía al saber que su señora había muerto, exactamente lo mismo que si otra mano que la suya le hubiera quitado la vida. Había perdido á una persona á quien amaba, y esto le daba gran pena. Otro motivo de disgusto era el pensar en Marín, que estaría loco y rodando por los alrededores de la cárcel, tratando de verla y sin poderlo conseguir: estaba segura de lo mucho que sufriría él, y hubiera querido, á costa de cualquier precio, evitarle aquel sufrimiento. En cuanto á que él la supusiera culpable, no lo admitía ella ni por un solo momento.

— Por mucho que se lo digan, no lo creeré — decía — nunca le podrá entrar eso en la cabeza.

Acariciaba esta idea con cierto orgullo, orgullo por Marín, que tenía el alma lo suficientemente grande para tener confianza en ella; orgullo por ella misma, cuyo pasado hacía imposible la verosimilitud de que hubiera podido cometer un crimen.

Todo esto aparecía muy vago y muy confuso en su espíritu. Percibía las sensaciones físicas y las impresiones morales, como el buzo ve á través de los vidrios de su escafandra: todo era turbio en torno suyo con súbitos y grandes resplandores sangrientos, como un relámpago de tempestad, que abriese ante ella abismos infinitos de horrores sin eco.

Aquellos resplandores eran siniestros. Veía á la señora Hortensia tendida en su silla larga con el débil hilito de sangre corriendo á lo largo de su hermoso rostro, ó veía á Marín entre la hostil muchedumbre, y ambas visiones se le aparecían con una intensidad formidable; y cuando esto pasaba, cubríase los ojos con las manos, gritando:

— ¡No, no: yo no quiero!

Y se revolcaba por el suelo dando gritos de rabia impaciente. Ella no quería ver aquello, y tan no lo quería ver, que conseguía no pensar en ello durante algunas horas. Pero luego le sobreveníó el horror de nuevo y la dejaba postrada días enteros, inerte, incapaz de defenderse contra aquellos horrorosos pensamientos, si otra vez la acosaban, aunque por regla general la dejaban en paz; pero cuando volvían, eran como una ola inmensa contra la cual no había defensa posible. Aquellos pensamientos la atacaban, no con la furiosa intensidad de las apariciones violentas, sino con la insidiosa perversidad de los tormentos que destruyen poco á poco como la lima destruye el hierro.

Se había tratado de buscar un amante de Mónica: el amante es la materia obligada de esta clase de crímenes, pero no lo habían encontrado aún.

— Yo tenía un novio con quien debía casarme: estaba en la granja de las Landas, y ha llegado para verme conducir presa.

En consecuencia de ello habían detenido á Marín: éste justificó con la mayor facilidad del mundo que había pasado la noche en el tren. Un hombre que viaja la víspera de Reyes de cruce en cruce durante ocho

horas mortales, es reconocido fácilmente, aunque no lo fuera más que por el billete.

Marín, puesto en libertad inmediatamente, solicitó ver á Mónica, pero le contestaron que estaba incomunicada, y se retiró triste y silencioso. Al llegar á su posada, cogió el lío de su ropa, pagó el gasto, y se fué á vivir á otra parte. No podía seguir viviendo en la casa en que había sido arrestado.

En el mismo día escribió á la granja de los Landas diciendo que una desgracia de familia le impediría reanudar sus servicios en ella. Llevaba consigo sus economías, que había pensado emplear en un reloj de oro para Mónica. Con su sobriedad, tenía con qué vivir bastante tiempo, y no se preocupó de otra cosa que de la hora presente, hora bastante dolorosa para absorberlo por completo.

Había otro ser que también sufría de una manera horrible; aquel ser era Huberto. Había perdido toda la alegría, todo el encanto de su vida. En el instante en que sus ojos se fijaron en el cadáver de Hortensia, sintió que morían en él su juventud y su dicha.

Aquel joven de diez y seis años, formado por una cultura inteligente, afinado por un sentimiento profundo y puro, se había convertido súbitamente en un hombre, pero en un hombre envejecido por la tremenda catástrofe que precipitaba en los abismos de la muerte al ídolo de su vida entera, á la que, viva, hubiera sostenido sin detrimento alguno, los estragos del tiempo y de la separación.

Pero el dolor de su pérdida resultaba decuplado por lo trágico de su fin. El alma de Huberto estaba roída por el deseo de la venganza, y el pobre niño se sentía destrozado por el agujón de las malas pasiones, que tanto hacen sufrir á los seres buenos y de exquisita ternura.

Huberto estaba convencido de una cosa: creía que el señor Dunois, vendido por sí mismo ó por otro, ó quizá sencillamente amenazado de que su esposa adivinara lo

que ocurría, la había asesinado en un momento de arrebatado.

El joven se hallaba perplejo entre dos formidables alternativas: la de dejar sin venganza el asesinato de su bienhechora, y la de denunciar al señor Dunois, que había sido también su bienhechor hasta cierto punto, de una manera incontestable.

Huberto había sido citado también como testigo: en presencia del juez de instrucción, nada importante había tenido que decir: ni la acusación ni la defensa sospecharon que pudiera aportar más luz que los demás dependientes que vivían en la casa. Las preguntas que le hicieron, no suscitaron conflicto alguno entre su conciencia y sus perplejidades, pero en la audiencia, la cosa sería distinta: le sería imposible callarse. ¿Qué sucedería entonces y qué pensaría él de sí mismo si una sola palabra de su boca hacía que el señor Dunois pasara del banco de los testigos al banquillo de los acusados?

Hortensia había sido llevada al cementerio y descansaba para siempre al lado de su hijo, bajo la gran losa que pocas semanas antes, en memoria del niño muerto, había hecho cubrir de rosas blancas.

Dunois vestía el luto de esposo afligido, y las dos familias reunidas habían imitado su ejemplo y le habían seguido al cementerio: algunas palabras conmovedoras pronunciadas sobre la tumba por un amigo, habían hecho derramar lágrimas de todos los ojos, y luego, se habían separado, y las personas enlutadas habían tomado el camino de sus casas respectivas.

Dunois entraba en la suya, y se encontró á Huberto en la puerta.

El joven, con el corazón que se le quería salir del pecho, no tenía paciencia para esperar y quería hablar con el viudo: indignado por la actitud de éste durante la larga ceremonia, sentía la irresistible necesidad de mirarlo cara á cara, y de decirle al menos, si es que no debía decírselo á los demás, todo el horror que le

inspiraba el miserable asesino.

Dunois se detuvo maquinalmente ante la puerta del escritorio, cerrada con motivo de los funerales: no tenía gana de entrar en sus habitaciones en las que todo le recordaría á Mónica, á la que quería borrar de su pensamiento en cuanto le fuera posible. Sacó la llave de su bolsillo de las que llevaba sobre sí un manojo desde el día del crimen, y al que no podía tocar sin estremecerse, y abrió la puerta. Se dedicaría á hacer números durante una hora, y aquello le distendería los contraídos nervios.

En el momento de entrar, advertido por no se sabe qué, se volvió y vió á Huberto.

— ¿Qué quiere usted? — le preguntó.

Los ojos escaldados y hundidos y el rostro estirado y envejecido del joven, le desagradaron: le molestaba que nadie en su casa tuviese el aspecto de estar más dolorido que él.

— Quisiera hablar con usted, señor — le dijo Huberto.

Las miradas de ambos se encontraron y Dunois leyó, en la de su joven dependiente, algo que le produjo un escalofrío.

— Entre usted aquí — le dijo; — estaremos solos.

Cerró la puerta y se dirigió á su sillón colocado en una especie de pequeño departamento acristalado, desde el cual abarcaba con la vista á todo el personal. El gran piso bajo, vasto y alto de techo estaba desierto en absoluto.

— ¿Qué tiene usted que decirme? — preguntó Dunois después de sentarse.

Huberto permaneció de pie y lo miraba sin contestar; el banquero, como era natural, fijó en él sus ojos.

— ¿Por qué deja usted procesar á esa joven? — preguntó Huberto.

Dunois miró con más intensidad á su dependiente y palideció.

— Usted... no supondrá usted — dijo encolerizado

interiormente... — creo que usted no se imagina que...

— Demasiado sabe usted que quien la ha muerto ha sido usted mismo — dijo Huberto con arrebató.

— ¿Yo? — exclamó el banquero poniéndose en pié y elevando la mano hacia el cielo. — Por mi honor, por el alma de la difunta, le juro á usted que no he sido yo.

Aquellas palabras fueron un grito lanzado sinceramente por su inocencia material. Se había olvidado de que Huberto, su juez, era un niño, un dependiente suyo: no había pensado más que en defenderse de una acusación inmerecida.

— Hubiera dado mi vida — añadió con vehemencia — porque no hubiera acaecido eso, porque mi pobre mujer viviera aún muchos años honrada y tranquila... ¿Cómo ha podido usted pensar que fuera yo?

— ¡Era tan natural! — replicó Huberto convencido y desarmado: se derrumbaba desde lo alto de la acusación y se sentía aturdido.

— ¿Pero con qué derecho se ha permitido usted sospechar de mí? — exclamó Dunois rehaciéndose y aguijoneado por la cólera.

— Lo he visto á usted abrazando y besando á Mónica — contestó el joven sencillamente — y le he oído á usted darle una cita para la noche.

El banquero se aterrorizó: si aquel testigo hablaba, no solamente estaría Mónica perdida, sino que él sería el héroe de un escándalo mayúsculo, porque, por poco que ella comprendiera que se había descubierto la verdad, lo diría todo y él estaba convencido de que así lo haría, porque ya se lo había dicho ella.

— ¿Y ha deducido usted?...

— Que la difunta lo supo de una manera ó de otra; que le echó á usted en cara el haber seducido á esa joven bajo el techo que la debiera proteger, y que usted, en un momento de irritación, le dió el golpe que le quitó la vida.

— No está mal discurrido — dijo con algún sarcasmo, animado contra el joven que con tanta calma le decía

tales verdades, y añadió luego: — ¿Y qué es lo que usted piensa ahora?

— Pienso, señor, que me he engañado — repuso con honradez el joven.

Dunois guardó silencio.

— ¿Era eso todo lo que tenía usted que decirme? — preguntó al cabo de un instante.

— No señor. Después de la conversación que acabamos de tener, comprendo que no puedo seguir aquí. Le agradezco cuantas atenciones ha tenido usted conmigo hasta hoy, y le pido permiso para dejar la casa.

— Como usted guste — le respondió el banquero.

No se encontraba éste bien en presencia de Huberto, y hubiera dado cuanto le hubieran pedido por verlo marchar al instante. No se hacía ilusiones al ver que Huberto no se disculpaba de las graves ofensas que le había inferido con sus sospechas. Después de lo que el joven había visto, él, Dunois, se consideraba culpable á sus ojos.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— La difunta quería que yo viajase, y quiero obedecerla. No quiero que usted se moleste por mí; lo único que deseo es que me dé una sencilla certificación de mi conducta, y que si se dirigen á usted pidiéndole informes de mí, los dé como usted crea que debe darlos.

— Está bien ¿cuándo piensa usted marchar?

— Hoy mismo, si usted no tiene inconveniente en ello. Iré al Havre y de allí á América. Pasado mañana es día en que sale trasatlántico; tengo hechas algunas economías...

— No tengo inconveniente alguno: mañana tendrá usted sus documentos.

Huberto saludó y se dirigió á la puerta.

— Pero ¿cómo va usted á marcharse? está usted citado á la audiencia como testigo — dijo el banquero.

— Creo que usted podrá excusar mi asistencia.

— Me ocuparé en ello.

Huberto se alejaba y Dunois le volvió á llamar.

— Es probable que nos separemos para siempre — le dijo. — Ha vivido usted algunos años en nuestra casa, y mi mujer lo quería á usted mucho. Al irse, déme usted su mano.

Huberto volvió sobre sus pasos y tendió lealmente su mano á su antiguo principal. Este comprendió que el joven ya no sospechaba de él.

Cuando se vió solo, la alegría invadió su alma.

— Ahora — dijo — estoy seguro de salir bien del paso, con tal de que Mónica... — pero nada menos seguro que el silencio de ésta.

La instrucción fué larga: era preciso encontrar el cómplice, y el cómplice no parecía.

— ¡Diablo de muchacha! — exclamó un día el abogado general.

— Sí, que no le quiere á usted dar los medios para que no le corten el cuello — le contestó su sustituto.

XVIII

La justicia estaba perpleja: la información, aunque minuciosa, no arrojaba cargo alguno contra Mónica: sólo una cosa resultaba misteriosa: la autopsia había revelado que la muerte había ocurrido poco después de haber comido la víctima.

¿En qué consistía que Mónica no había oído nada, aun admitiendo que se hubiera ido á su cuarto á indicación del señor Dunois, y que tan pronto se hubiera desnudado, acostado y dormido?

Se había hecho observar también que cuando luego bajó, llevaba el mismo vestido y peinado que había llevado todo el día y que parecía no haberse acostado, pero todo ello suponía poco, y habiendo contestado Mónica francamente á todas las preguntas, ninguna impor-

tancia tenían aquellos pequeños detalles.

Llamada otra vez ante el juez de instrucción, éste repitió una vez más el triste interrogatorio.

— ¿Qué hacía usted á las nueve? ¿qué oyó usted?

— No lo sé — repuso — no me acuerdo.

Veía los ojos del juez fijos en ella: sabía que una contestación imprudente la perdería y que no debía perder á su señor en gracia de los esfuerzos de éste por salvarla á ella, pero necesitaba de todas sus fuerzas para no decir:

— Yo soy quien la mató: no pregunten ustedes más.

A una última pregunta, siempre la misma aunque hecha de otro modo, contestó, perdida ya la paciencia:

— Señor juez: no tiene usted el derecho de atormentarme así: he contestado todo lo que debía contestar: máteme usted si quiere, pero no diré una palabra más.

Mónica se dejó caer en su silla tan abatida y con tanta dejadez, que el juez se compadeció de ella. El médico había apreciado en la joven una susceptibilidad nerviosa excesiva. El espanto que había sentido, podía haber perturbado parcialmente sus facultades; lo que era indudable era que le había privado de la lucidez necesaria para defenderse. Los culpables suelen conocer sus intereses.

Mónica fué conducida de nuevo á su prisión, y un momento después compareció Dunois ante el juez.

Vestido de negro, extraordinariamente correcto y pálido como la cera, había envejecido rápidamente: su aspecto seguía siendo el mismo, pero arrugas marcadas súbitamente en su rostro y un cambio extraño en el timbre de su voz, denunciaban al hombre trabajado por crueles angustias.

— ¿Está usted bien cierto — le dijo el juez, — de que esa joven no tenía animosidad ninguna contra su señora?

— Ninguna.

— ¿Cree usted que haya podido obrar por concupiscencia introduciendo á un cómplice?

— La creo incapaz de ello.

— ¿Le conoce usted un carácter violento, arrebatado, capaz de excederse en un movimiento de cólera?

Dunois experimentó la impresión de quien vé caer un rayo ante él sin tocarle pero que teme el que se avecina.

— No la he visto nunca encolerizada, — contestó.

— ¿No ha pensado usted que, como consecuencia de alguna reprensión de su señora, haya podido sobreexcitarse hasta el punto de darle un golpe y de simular en seguida un robo para alejar las sospechas?

El juez miraba al testigo de una manera perpleja. Hay que convenir en que la idea era inverosímil ¡pero esos excrutadores de conciencias suelen ver cosas tan extraordinarias!

— No he tenido ese pensamiento, — contestó el banquero.

Dunois escuchaba el sonido de su propia voz como á través de un muro denso que la debilitaba: hubiera querido hablar más fuerte y no denunciar su emoción, pero él se juzgaba á sí mismo un náufrago que se está ahogando.

— Y ahora que yo le he sugerido á usted esa idea ¿le parece á usted improbable?

Dunois que todo lo veía oscilar ante sus ojos, hizo un esfuerzo supremo y recobró su presencia de espíritu.

— Materialmente — dijo, — no creo que Mónica haya tenido fuerza para dar un golpe que produzca la muerte. ¡Es tan delgada, tan pequeña, tan débil! El morillo con que se ha cometido el crimen es muy pesado, y las manos de esa joven son las de una niña. Moralmente, y como ya he dicho, era muy adicta á mi mujer y hasta podría yo decir que la quería apasionadamente: todos en casa lo sabían y le habían dado bromas por ello más de una vez.

El juez guardó silencio durante un rato que le pareció muy largo á Dunois, cuyos cabellos estaban empapados

de sudor frío.

— No veo mérito alguno para tener presa por más tiempo á la acusada; los cargos que resultan contra ella, se reducen á nada — dijo por último el magistrado. — Este crimen entrará probablemente en el número de aquellos cuyo autor queda impune. Vamos á poner en libertad á esa desgraciada.

Cuando Mónica fué conducida nuevamente á la sala del juez, que era para ella un lugar de tortura, echó en torno suyo una mirada desesperada. ¿Seriale preciso sufrir aún los mismos interrogatorios insidiosos y perversos que la ponían fuera de sí, por lo que prudentemente debía guardarse de ellos? Si hubiera querido mentir, nada le hubiera sido más fácil; pero ella no mentía, eludía, soslayaba únicamente con la astucia normanda que tenía en la masa de la sangre, y, al obrar así, no creía rebajarse.

— Queda usted en libertad — le dijo el magistrado.

Este había pronunciado ya algunas palabras, que ella no había oído, pero las últimas la hirieron como una bocanada de aire puro y fresco hiere á un ser recluido mucho tiempo: la primera impresión fué un sufrimiento intolerable.

— ¿No me harán nada? — preguntó mirando al juez con admiración.

¡Su carita había enflaquecido tanto en el tiempo que había estado presa, se habían hundido tanto sus ojos! su boca parecía más grande y más severa; únicamente su cuerpo delgado parecía más joven y más flexible que nunca.

— No le harán á usted nada — le contestó el juez, — puede usted irse.

— ¿Irme, y adónde?

— Donde usted quiera.

Mónica hizo un ademán displicente.

— Muchas gracias, señor — le dijo.

El hombre que por respeto á la ley la había hecho

sufrir tanto, se compadeció de aquel pobre sér abandonado.

— ¿Está aún ahí el señor Dunois? — preguntó.

Dunois se había detenido en un corredor, muy á pesar suyo, para hablar con uno de sus innumerables conocidos á quienes se suele encontrar en los momentos en que más desearía uno estar solo. Lo encontraron, lo llevaron ante el juez, y se encontró delante de Mónica por vez primera después de la memorable noche.

— Caballero — dijo el magistrado, — esta niña no tiene aquí nadie de quien ampararse ¿puede usted interesarse por ella?

— Sí, señor — contestó Dunois.

Aquellos dos seres entre los cuales mediaba un crimen, no se atrevieron á mirarse el uno al otro, y sin embargo, debían fingir que se miraban.

— Yo no quiero ir más á aquella casa — dijo Mónica.

— Lo comprendo — le dijo su amo; — pero usted no tiene ni dinero ni...

— Yo no quiero dinero — dijo ella volviendo la cabeza á otro lado.

— Por lo menos, tiene usted derecho á sus sueldos.

— No los quiero y no los tomaré. No quiero nada de esa casa.

Ambos hombres se miraron con impresiones distintas pero hijas de un mismo sentimiento compasivo.

— ¿Y su novio? — preguntó de repente el magistrado, — ¿dónde está?

— Todo el día se lo suele pasar abajo en la sala, — contestó el alguacil, — aun debe de estar allí.

— Que vayan á buscarlo.

Mónica y Dunois permanecieron inmóviles. Este no se atrevía á marcharse por miedo de que se creyera que tenía prisa en abandonar á la joven, y sin embargo, hubiera dado una gran parte de su fortuna por verse libre de su intolerable presencia.

Entró Marín: Mónica se estremeció, pero no hizo

movimiento alguno.

— ¿Se acabó? — dijo — en ese caso, vente.

La asió de una mano para llevársela, pero ella se desprendió con un nuevo estremecimiento, tan violento, que sus dientes castañetearon.

— Ven — repitió Marín cogiendo de nuevo la helada mano de Mónica, — hace un tiempo hermoso para que nos vayamos.

Dunois dió un paso adelante y dijo á Marín:

— Mónica se niega á tomar el dinero que le pertenece: yo comprendo que le repugne llevarse nada de una casa...

Dejó de hablar: aquella comedia odiosa le causaba tanta repugnancia como á su víctima.

— Pero — añadió dominándose, — pero lo suyo es suyo, y yo le ruego á usted que le haga comprender...

— Muchas gracias en su nombre, caballero — dijo Marín interrumpiéndole bruscamente, — pero no necesitamos nada. Me la llevo y me caso con ella. Después de lo que ha pasado, su madre no insistirá: hartó hará con sentir haber dejado que se marchara su hija. Servidor de ustedes. Vamos, Mónica.

El la llevaba siempre asida de la mano: ella le siguió con docilidad, aunque sin apresuramiento, como un perro que se deja tirar un poco de la cadena sujeta al collar.

Salieron, y huyendo de las calles frecuentadas se internaron por callejuelas oscuras y casi desiertas hasta llegar, al cabo de mucho tiempo, al extremo de la población en donde estaba situada la posada pobre, pero limpia en que vivía Marín.

— ¿Quieres comer? — la preguntó él en cuanto franquearon los umbrales.

— No tengo gana — le repuso la joven lacónicamente.

— Entonces, cojamos nuestros bártulos y vámonos. ¿Dónde tienes tus efectos?

— Allá, en la casa — murmuró Mónica.

— Ya escribirás para que te los envíen. Ahora, vámonos: mañana á la noche estaremos en nuestras casas.

El le hablaba como dueño con cierta brusquedad concebida para ocultar el ardiente deseo que tenía de cogerla en sus brazos y de llorar con ella como una madre llora sobre su hijito enfermo.

Metió en un pañuelo la poca ropa con que llegara la víspera de Reyes, tomó su palo, pagó la cuenta, y salió.

Mónica le siguió, sin haber proferido una palabra.

XIX

Apenas hubieron andado algunos pasos camino de la estación, Mónica se detuvo bruscamente.

— Vámonos hacia el río — dijo.

— ¿Por qué? — le preguntó Marín sorprendido

— Necesito hablarte.

— Ya tendremos tiempo.

— No: quiero hablarte en seguida.

— Perderemos el tren.

— Salen otros: te digo que quiero hablar contigo, y no me iré de aquí sin haberte dicho lo que tengo que decirte.

Y miró á Marín cara á cara, con ojos brillantes. Marín sintió pasar entre ambos el viento frío de la desgracia.

— ¿Qué más hay? — preguntó en voz baja, y en aquel *más* se percibía la fatiga de un ser que había sufrido ya todo cuanto podía sufrir.

— Hay, que quiero hablar contigo: se me figura que, desde que no nos hemos visto, debemos tener cosas que decirnos.

Marín, sin contestar, volvió sobre sus pasos y tomó por una callejuela obscura que iba hacia el Sena. Declinaba el día y se anunciaba una clara noche de febrero.

Llegaron á la orilla del río y Marín indicó á Mónica un bloque para que se sentara: sin darse cuenta de ello, sentía en el alma toda la tristeza de los sacrificios estériles, y el sitio le parecía estar de acuerdo con la disposición de su espíritu.

Sentía en su interior una gran humillación mezclada de sorda cólera contra los sucesos que habían venido á turbar su existencia sin alegrías, pero altiva y silenciosa. La humillación provenía de la mancha infligida á Mónica por la cárcel, por la acusación, por la vergüenza pública. El aparato de la justicia, que estimula la perversidad jactanciosa de los pillos, inspira á las personas honradas, sobre todo, á los habitantes de los campos, un terror en el que domina cierta repulsión.

Preciso había sido que Marín amara singularmente á su prometida, para haberle guardado la fe en presencia de aquel escándalo. Más de una vez se había preguntado qué pensarían los habitantes de Champcey, si una casualidad les hacía conocer alguna vez los hechos, y su altivez recelosa le había contestado que en aquel caso se cambiarían golpes, no para cubrir las apariencias, sino de esos que hacen guardar cama tres meses. Al pensar que alguien podía señalar á Mónica con el dedo en el pueblo como una «excarcelada», Marín se sentía capaz de estrechar la cabeza del que tal dijera contra un muro, hasta vaciarle los sesos.

— ¿Qué más hay? — volvió á preguntarle con el acento duro que había tomado desde que sabía lo que era el sufrimiento de la vergüenza.

Quizá Mónica no hubiera sabido responderle si él la hubiera tratado con dulzura, pero al ver que se erguía ante ella por primera vez la autoridad del marido sin disfraz alguno, sintió sublevarse su orgullo.

— Hay — contestó, — que no quiero volver á Champcey sin haberte dicho toda la verdad. Cuando la sepas

si te desagrada, quedarás en libertad de no llevarme.

Marín miró en torno suyo como si el mundo zozobrase y él fuese el único náufrago superviviente.

— ¿Has hecho algo malo? — preguntó con voz de trueno.

— Sí — contestó ella mirándolo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

— ¿No habrás robado? — preguntó él con inexplicable disgusto.

— ¡No!

Mónica le arrojó aquella palabra al rostro, como un insulto. ¿Cómo se atrevía á sospechar él una bajeza semejante?

— ¿Entonces, qué? — preguntó Marín, severo como un juez.

— He matado á mi señora — repuso ella sin dejar de mirarle á la cara.

Reinaba el silencio en torno de ellos: el viento que rozaba las hierbas, y el Sena que bañaba las orillas, fueron los únicos que oyeron aquella confesión.

— ¡Tú! — exclamó el joven con la mayor confusión, — ¡Tú, Mónica! ¿Te había insultado ella?

Mónica comprendió que si la víctima le hubiera inferido alguna ofensa, Marín la absolvería del crimen, por cuanto él era capaz de cometerlo; pero ella no quería mentir: las tergiversaciones ante el juez le habían producido náuseas, y quería ver claro ante ella y no volver á ocultar nada.

— Escucha — dijo levantándose: cuando vine aquí, te quería de veras, te lo juro, y no pensaba en nadie más que en tí. En Rouen ha habido alguien que me ha querido, no precisamente como tú, alguien que me quería, yo no sé explicarte cómo, pero de una manera que ha sido más fuerte que mi voluntad. Yo no quería hacer mal y lo he hecho. Nunca me ha obligado á nada: yo he sido la que lo he hecho todo por voluntad propia, y hoy he dejado de ser una joven honrada: he ahí lo que tenía que decirte.

Marín había escuchado en silencio y con los labios apretados. Ahora era cuando se encontraba solo en medio del universo descuajado.

— No he comprendido bien — dijo — ¿quieres, pues, á ese hombre?

— Lo aborrezco — dijo Mónica volviendo á su antigua vehemencia.

— No lo comprendo — repitió Marín.

Mónica hizo un movimiento de impaciencia.

— ¡Comprende! — le dijo con voz autoritaria. — No puedo decirte más que la verdad: detesto á ese hombre, lo desprecio y desearía verlo ahorcado; pero no sé como ha sido: ese hombre era más fuerte que yo: cuando me miraba, me trastornaba hasta el punto de no saber lo que yo quería: me ha hablado, me ha besado, y me he quedado con él, sin que él me haya obligado á nada.

— Cállate — exclamó Marín tapándose los oídos con las manos.

Volvió á reinar el silencio: Mónica, obediente, había metido las manos debajo de su delantal, y esperaba con resignación. Sentíase más libre, más altiva, más noble: podía levantar la cabeza y mirar al mundo de frente: su confesión la había purificado. No pensaba en los sufrimientos de Marín, no pensaba más que en la satisfacción de haberse descargado del peso que la agobiaba.

— ¿Has ido tú á buscarlo, de buena voluntad? — preguntó Marín.

— Sí.

— ¿Y yo? — exclamó el infeliz — ¿y yo? ¿no has pensado en el daño que eso habría de hacerme?

— Cuando lo miraba, no había para mí en el mundo nadie más que él: me hacía hacer, con sus ojos, cuanto quería, lo cual no era un obstáculo para que yo lo aborreciera, y para que hoy lo aborrezca mucho más que antes.

Para sondear aquel abismo de alma y de carne hu-

manas, se necesitaba ser un filósofo más profundo que Marín Bonami. Este se quedó aniquilado bajo el golpe espantoso que destruía su existencia.

Mónica lo miraba casi con indiferencia aunque algo impaciente. ¿A qué incomodarse consigo misma? ¿No debía comprender él lo atrocemente que ella había sufrido para llegar á hablarle con aquella tranquilidad de cosas tan monstruosas?

Marín levantó la cabeza.

— ¿Ha sido él quien te ha dicho que mataras á su desgraciada mujer? — preguntó sumido en un dédalo de horribles perplejidades.

— No — le contestó ella, — he sido yo quien la maté, porque había descubierto la verdad y me reprendía: si me hubiera reñido fuerte, me hubiera hecho menos daño, pero me reñía con dulzura y lloraba, que fué lo que no pude soportar.

— ¿Ha sido él pues, ha sido tu señor? — exclamó Marín cuya inteligencia se iluminó súbitamente. — ¡Ah, canalla! ¡y te ofrecía dinero hace poco!

— Bien sabes que no lo he querido tomar.

— ¡Lo mataré! — dijo el joven apretando los dientes. — Ese, por lo menos, lo habrá merecido.

— Te lo prohibo — dijo Mónica tranquilamente.

— Eso, lo veremos ¿tanto le amas que no quieres que le toquen?

— No comprendes — exclamó la joven con acento de conmiseración. — Si yo lo quisiera, no hubiera tenido necesidad de decirte nada, pero si tú le haces daño, todo el mundo sabrá que yo he sido su amante, y me verá obligada á decir que yo he muerto á mi señora. Entonces, mi madre se morirá del disgusto y, las gentes de Champcey dirán... ya lo sabes tú.

— ¡Las gentes de Champcey! — dijo Marín con desdenosa indiferencia — ya sabes tú que eso no me impedirá matarlo.

— Si le tocas solamente al pelo de la ropa, me echo de cabeza al río — dijo Mónica con resolución.

— ¡Lo quieres! confiesa que lo quieres.

— ¿Cuántas veces tendré que decirte que lo aborrezco? pero es que no me quieres entender. Ese hombre no te debía á ti nada, no te había prometido nada; yo soy la que te había hecho una promesa y he faltado á ella: márame si quieres; después de todo, quizá fuera lo mejor; pero no lo mates á él, porque cometerías un crimen, y un crimen pesa mucho, Marín, pesa mucho y es muy duro de conllevar: no se duerme; ¡se ven unas cosas durante la noche!... No, Marín, no cometas un crimen, te lo suplico. ¡No podría yo vivir si supiera que tú sufres lo que yo he sufrido!

Quedaba vencido el orgullo de Mónica: ésta se había echado á los piés del hombre á quien había hecho traición, y allí, de rodillas, aunque sin derramar lágrimas, le estrechaba las manos con fuerza convulsiva que crecía por instantes. El corazón de Marín se ensanchó de repente.

— ¡Pobre, pobre muchaha! — dijo, — ¡tú has sufrido todo eso! ¡es peor que la muerte sufrir de esa manera días y días y siempre con la misma idea, y es lo que debe ser, cuando se ha obrado mal! no, no quiero pensar en ello... ¡Pobre, pobre muchacha!

Mónica lo miraba con cierta especie de extravío en los ojos.

— No ha sido culpa tuya — dijo Marín, sin percatarse de que las lágrimas corrían por sus mejillas, — no ha sido tuya toda la culpa, sino nuestra; de tu madre, que creía hacer un bien, y mía, que me negué á ir como criado contigo. No es tuya la culpa, no. ¡Tan joven, tan poca cosa!... ¡una niña! Sería necesario ser injusto para echártelo en cara.

El era entonces el que tenía asidas las manos de Mónica y quien, inclinado sobre ella, la miraba con indecible compasión, como un padre que perdona á un hijo enfermo, en tanto que ella le escuchaba con la cabeza algo inclinada.

— No me hables así — dijo Mónica con voz mori-

bunda — ¡porque eso me hace tanto bien y tanto mal!... Pierdo la vista...

Marín se levantó, la cogió en sus brazos como si fuera una pluma, y regresó, con su querida carga, á los muelles de la ciudad, donde detuvo un coche, colocó en él á Mónica, tomó asiento á su lado, y se hizo conducir á la estación.

La joven no había perdido el sentido por completo: De vez en cuando buscaba las manos de Marín y las estrechaba afectuosamente, como para asegurarse de que él estaba allí. Al llegar á la estación, pudo ya andar.

Poco después tomaron el tren, y en él pasaron la noche sin decirse una palabra, pero á la luz de la lámpara fija en lo alto, no dejaron de mirarse toda la noche.

No había entre ambos misterios ni dudas; no había más que inmensas é irremediables penas; pero á medida que avanzaban en su viaje, sentían que la piedad, el amor y el perdón, son más grandes que todos los crímenes, puesto que pueden consolarlo todo y absolverlo todo.

XX

— ¿Qué es lo que vamos á decir? — preguntó Mónica cuando el tren llegó á la vista de la ciudad.

— Nada absolutamente — dijo Marín. — Eso no les importa.

— ¿Saben que volvemos?

— Tú has estado enferma, me has escrito, he ido á buscarte, y te traigo ¿no basta eso? Tú has cambiado bastante para que nadie dude de ello.

Momentos después se encontraban solos en el andén de la estación. Fuera esperaba la diligencia, cuyo mayoral era otro, que no conocía á los jóvenes.

Poníase el sol cuando los caballos se pararon en lo alto de la cuesta frente á Champcoey.

— Bajémonos aquí — dijo Marín.

Mónica obedeció sin replicar. Desde la víspera hacía todo lo que le decía Marín, sin pedirle la menor explicación ni ofrecerle el menor asomo de resistencia.

Los jóvenes tomaron un camino de travesía que debía llevarlos á casa de Clemencia, camino tortuoso sin más anchura que la necesaria para el paso de una carreta.

Marín iba delante y Mónica le seguía mirando al suelo para evitar los malos pasos: por un portillo que formaban las colinas se vió de pronto y muy cerca el mar, azul y brillante como se suele ver algunos días en fin del invierno y principios de primavera.

Mónica se detuvo más blanca que el papel.

— ¡El mar! — exclamó. — ¿Te acuerdas, Marín, del día que estuvimos cogiendo helechos?

De repente exhaló un gemido, se dejó caer en el suelo, y pegó el rostro á la tierra. Marín, asustado, se inclinó sobre ella é intentó levantarla, pero Mónica no quiso que él la tocara.

— ¡No! — exclamó sollozando, — yo no he debido volver á aquí. Has cometido un error al traerme: no soy lo bastante buena para volver á ver todo esto. Antes, yo era feliz, era honrada, no tenía nada sobre mi corazón, nada sobre mi conciencia, y ahora... ¡Llévame á cualquiera otra parte, Marín, pero aquí, no, no!

— ¡Mónica! — dijo Marín con voz grave, — tu sitio está aquí, en tu país: si te causa disgusto verte otra de la que has sido antes, eso será tu castigo. Hay que sufrir, Mónica, cuando se ha obrado mal, y, sobre ser justo, nadie puede evitarlo; pero sufrirás aquí menos que en cualquiera otra parte, porque aquí tendrás personas que te quieran.